

CALCAÑO.—¿Nosotros solos, cuatro patriotas, bastaremos para extirpar la tiranía, esa hidra poderosa de Génova? ¿No debemos levantar al pueblo, y atraer á nuestro partido á la nobleza?

VERRINA.—Ya comprendo. Oídme; ha ya largo tiempo que tengo á mi sueldo un pintor, ocupado en apurar su arte para representar la caída de Apio Claudio. Fiesco es apasionado de la pintura, é impresionable ante la sublimidad de ciertas escenas. Llevarémos el cuadro á su palacio, y haremos que lo vea. Quizás, ante él, su genio se despierte... quizás...

BORGOÑINO.—Lejos, lejos de nosotros. Que el peligro se duplique, no los auxiliares, dice el héroe. Mucho tiempo hace que yo siento algo en mi pecho, afán insaciable y desconocido... Ahora lo veo claro de repente. (Con heroísmo.) Ese algo es un tirano.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II.

Antesala en el palacio de Fiesco.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, ARABELA.

ARABELA.—¡Yo digo que no! No lo visteis bien. Los celos os prestaron sus ojos odiosos.

LEONOR.—Sí, era la misma Julia. ¡No me contradigas! Mi retrato pendía de una cinta celeste, y ésta era de vivo color de fuego. Decidióse ya mi suerte.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y JULIA.

JULIA. (Entrando con afectación.)—Ofrecióme el Conde su palacio, para ver el concurso que se ha de dirigir al Consejo. El tiempo se me hará largo; entretenedme, pues, señora, mientras se prepara el chocolate. (Arabela se aleja, y vuelve en seguida.)

LEONOR.—¿Queréis que llame aquí gente?

JULIA.—¡Qué tontería! ¡Como si yo viniese á buscarla en esta casa! Vos sola me distraeréis, señora. (Paséase haciendo monadas.) Podéis hacerlo, porque no pienso ocuparme en nada.

ARABELA. (Con malicia.)—¡Qué criado negro tan lindo, señora! ¿No creéis que es una crueldad privar á los jóvenes elegantes de la perspectiva de una conquista tan codiciada? ¡Ah! ¿Y tantas perlas deslumbradoras, que hieren y fascinan?... ¡Dios omnipotente! ¿Habéis despojado á la mar de todas sus galas?

JULIA. (Delante de un espejo.)—¿Es esto algo insólito para vos, señorita? Pero escuchad: ¿servís también á vuestros amos con la lengua? ¡*Charmant*, madama, eso de cumplimentar á las visitas por las criadas!

LEONOR.—Es una fatalidad, señora, que mi mal humor me prive del placer que proporciona vuestra presencia.

JULIA.—Y falta imperdonable de educación que parezcáis así, torpe y necia. ¡Pronto! ¡vivacidad y agudeza! No es ése el camino de encadenar á vuestro esposo.

LEONOR.—Conozco sólo un medio, Condesa: que vuestros modales sean á todos simpáticos.

JULIA. (Fingiéndose no oír.)—¡Y qué conducta la vuestra, señora! ¡Quitad allá! Es preciso que os cuidéis más de vuestra persona. Apelad al arte, ya que la naturaleza os ha tratado como madrastra. Pintaos esas mejillas, ajadas por pasiones que roban sus colores. ¡Pobre criatura! Así, vuestro aspecto desdichado no encontrará un solo comprador.

LEONOR. (Con alegría, á Arabela.)—¡Felicitame, Arabela! Imposible que yo pierda á mi Fiesco, ó, en otro caso, nada pierdo. (Traen el chocolate, sirviéndolo Arabela.)

JULIA.—¿De perder habláis? Pero, ¡Dios mío! ¿cuál fué vuestra idea trágica al casaros con Fiesco? ¿Por qué colocaros á tanta altura, para llamar necesariamente la aten-

ción? ¿Para que os comparen con otras?... ¡Por mi honor, linda alhaja; sólo á la perfidia ó á la estupidez pudo ocurrir uiros á Fiesco! (Tomando su mano con lástima.) ¡Pobre-cilla! Un hombre admitido en la buena sociedad no podía ser tu esposo. (Coge una taza.)

LEONOR. (A Arabela, sonriendo.)—Ó no debía desear ser admitido en esas casas de buen tono.

JULIA.—El Conde es de figura simpática... hombre de mundo... y de buen gusto. El Conde ha tenido la fortuna de contraer relaciones elevadas. El Conde es vivo, fogoso. Se aleja, todavía impresionado, de los círculos más elegantes; viene á su casa; su esposa lo recibe con su ternura ordinaria, apaga su ardor con un beso frío é insípido, y le sirve sus caricias como un posadero. ¡Miserero esposo! Allí un ideal lleno de encanto; aquí le aguarda una sensibilidad tan pobre como triste. ¡Por Dios, señora! Si no ha perdido el juicio, ¿qué ha de elegir?

LEONOR. (Ofreciéndole una taza.)—A vos, señora... si lo ha perdido.

JULIA.—¡Bien! ¡Que esta agudeza vaya derecha á tu corazón! ¡Tiembla por esta broma, ó antes de temblar, averguénzate!

LEONOR.—¿Sabéis también esto, señora? Pero, ¿por qué no? ¿No es parte, el ponerse colorada, de una *toilette* de buen tono?

JULIA.—¿Qué cosas se ven! No hay como irritar al gusarillo, para que despida llamarada natural de su ingenio nativo. Basta por ahora. Era una broma, señora. Dadme la mano en señal de reconciliación.

LEONOR. (Que le da la mano con una mirada significativa.)—¡Viuda de Imperial!... no temáis ya mi cólera.

JULIA.—¡Magnánima, sin duda alguna! Pero, ¿no puedo serlo yo también, Condesa? (Con lentitud y observando á Leonor.) Si yo llevo conmigo la imagen de una persona, ¿no

ha de deducirse que el original es para mí estimable? ¿Qué pensáis?

LEONOR. (Avergonzada y confusa.) ¿Qué decís? Yo espero que esta consecuencia es prematura en demasía.

JULIA.—Esa misma es mi opinión. El corazón nunca llama en su auxilio á los sentidos. Los sentimientos verdaderos jamás se amparan detrás de bagatelas de oropel.

LEONOR.—¿Gran Dios! ¿Cómo llegaré á la posesión de esta verdad?

JULIA.—¿Por compasión, por pura compasión!... Así veréis, pues, que esto es verdad, aplicándola á la inversa... y entonces conservaréis á vuestro Fiesco... (Dale su retrato, y se ríe malignamente.)

LEONOR. (Con la mayor amargura.)—¿Mi retrato en vuestro poder! (Déjase caer abatida en una silla.) ¿Qué indignidad!

JULIA. (Llena de gozo.)—Tomé mis represalias. Lo logré. Ahora, madama, no hay necesidad de preparar más alfilerazos. (En voz alta.) ¡Mi carruaje! Conseguí mi objeto. A Leonor tomándole la cara.) Consolaos, hija mía. Díome el retrato en un momento de entusiasmo. (Vase.)

ESCENA III.

Entra CALCAÑO.

CALCAÑO.—La Imperiali se aleja muy satisfecha, y vos señora, parecéis muy abatida.

LEONOR. (Con honda pena.)—¿No! ¡Esto es inaudito!

CALCAÑO.—¿Cielo y tierra! ¡No lloraréis!

LEONOR.—Un amigo de ese hombre cruel... ¡Quitaos de mi vista!

CALCAÑO.—¿Quién es ese hombre cruel? Me asustáis.

LEONOR.—Mi marido... No, Fiesco.

CALCAÑO. ¿Qué oigo?

LEONOR.—¿Oh! una indignidad, muy corriente entre vosotros los hombres.

CALCAÑO. (Cogiendo su mano con ardor.)—Mi corazón, señora, siente lo que vale la virtud afligida.

LEONOR.—Sois un hombre... nada para mí.

CALCAÑO.—Alma y vida para vos... lleno de vuestra memoria... Si supieseis cuánto... cuán infinitamente...

LEONOR.—¿Tú mientes, hombre!... tú prometes antes de probar con obras...

CALCAÑO.—Yo os juro...

LEONOR.—Un perjurio. ¡Callad! Cansáis la paciencia de Dios, harto de borrar vuestras promesas. ¡Hombres, hombres! Si vuestros juramentos fuesen otros tantos demonios, podrían asaltar el Cielo y hacer prisioneros á los ángeles de la luz.

CALCAÑO.—Soñáis, señora. Vuestra pena os hace injusta. ¿Todo nuestro sexo ha de ser responsable del delito de alguno?

LEONOR. (Mirándolo con dignidad.)—Hombre, si yo adoraba á vuestro sexo, personificado en uno sólo, ¿no debo despreciarlo á todo en él?

CALCAÑO.—Probad, Condesa... Os equivocasteis al entregar primero vuestro corazón... Quizás conociera yo el lugar, en donde pudiera reanimarse.

LEONOR.—Podríais, mintiendo, despojar al Criador de sus obras... No quiero oírte.

CALCAÑO.—Deberíais, hoy mismo, revocar en mis brazos esa condenación.

LEONOR. (Con curiosidad.)—Acaba de hablar... ¿En tus...

CALCAÑO.—En mis brazos, abiertos para recibir á una mujer abandonada, é indemnizarla del amor perdido.

LEONOR. (Mirándolo fijamente.)—¿Amor?

CALCAÑO. (Prosternado ante ella y con calor.)—Sí, dicho está. ¡Amor, señora! La vida y la muerte penden de vuestros labios. Si mi pasión es culpable, los extremos de la virtud y del vicio se confunden, y el cielo y el infierno se juntan en la misma condenación.

LEONOR. (Retrocediendo con desagrado y orgullo. —¿Y ese era el móvil de tu compasión, oh pérfido?... ¿Y huellas así, al echarte á mis pies, el amor y la amistad? ¡Huye de mi vista para siempre! ¡Linaje odioso! Había creído hasta ahora que sólo engañabas á las mujeres, é ignoraba que te hacías traición á tí mismo.

CALCAÑO. (Levantándose confuso.)—Señora...

LEONOR.—No basta que rompa el vínculo sagrado de la confianza; este hipócrita empaña también con su hábito emponzoñado el puro espejo de la virtud, é intenta envolver en el perjurio á mi inocencia.

CALCAÑO.—El perjurio no sería sólo vuestro, señora.

LEONOR.—Ya comprendo; mi pena había de sobornar mi sensibilidad en tu provecho. ¿No se te ocurría (Con grandeza.) que la sublime desdicha de romper con Fiesco, por sí sola, ennoblece el corazón de una mujer? ¡Véte! La vergüenza de Fiesco no realza á mis ojos á ningún Calcaño, sino... que rebaja á tu sexo por igual.

(Vase precipitadamente.)

CALCAÑO. (Que la mira confundido, y después se va dándose un golpe en la frente.) ¡Estúpido!

ESCENA IV.

EL MORO, FIESCO.

FIESCO.—¿Quién era ese que salió ahora?

EL MORO.— El Marqués Calcaño.

FIESCO.—Este pañuelo se ha quedado por olvido en el sofá. Mi esposa estaba aquí.

EL MORO.—Cuando la ví parecía muy conmovida.

FIESCO.—El pañuelo está húmedo. (Lo examina.) Calcaño aquí... Leonor muy conmovida... (Al moro, después de reflexionar un momento.) Esta noche me dirás lo que ha pasado entre ambos.

EL MORO.—La señorita Arabela oye con agrado que se hable de sus rubios cabellos. Ella lo dirá.

FIESCO.—Treinta horas han transcurrido ya. ¿Has desempeñado la comisión que te encargué?

EL MORO.—Sin omitir ni una jota.

FIESCO. (Sentándose.)—Dime, pues, ¿qué se murmura por ahí de Doria y del Gobierno actual?

EL MORO.—Mucho, de una manera espantosa. Sólo el nombre de Doria produce escalofrío. Odian de muerte á Gianettino. Todos hablan mal. Los Franceses, según dicen, han sido las ratas de Génova; el gato Doria las ha devorado, y se ha reservado los ratones.

FIESCO.—Quizás no se equivoquen... ¿y no saben si hay algún perro para ese gato?

EL MORO. (Con ligereza.)—Se murmura en grande de cierto... de cierto... ¡Diablo! ¿Habré olvidado el nombre?

FIESCO.—¡Torpe! Tan fácil de recordar es como fué difícil de hacer. ¿Tiene Génova más de uno?

EL MORO.—Tan no es así, como no tiene dos Condes de Lavaña.

FIESCO.—(Levantándose.)—Esto es algo. Y ¿qué dicen de mi alegre vida?

EL MORO. (Mirándolo asombrado.)—¡Oid, Conde de Lavaña! Génova tiene formada de vos una opinión favorable. Parécete imposible que un caballero de la clase más distinguida... de capacidad y de talento... fogoso é influyente... poseedor de cuatro millones de libras... llevando en sus venas sangre real... un caballero como Fiesco, que con una leve señal de su cabeza se atraería todos los corazones...

FIESCO. (Volviéndose con desprecio.)—¡Oír esto de un bribón!...

EL MORO.—¿Que el hombre más grande de Génova se duerma mientras yace su Patria por tierra! Muchos lo deploran; muchos se burlan, y los más lo condenan. Todos se conducen de la ciudad, que os ha perdido. Un jesuita, según dicen, ha olfateado una zorra bajo ese dormilón aparente.

FIESCO.—Una zorra huele siempre á otra zorra. ¿Qué se maldice de mi novela con la Condesa Imperiali?

EL MORO.—Lo que yo me guardaré muy bien de repetir.

FIESCO.—No tengas miedo. Cuanto más desvergonzado seas, tanto más agradable para mí. ¿Qué se murmura?

EL MORO.—Nada se murmura. En todos los cafés, billares, fondas, paseos... en el mercado... en la Bolsa... se dice á gritos...

FIESCO.—¿Qué? ¡Yo te lo mando!

EL MORO. (Retrocediendo.)—¡Que sois un loco!

FIESCO.—Bueno. Toma tú esta moneda por la noticia. Me he disfrazado de arlequín para que se mofen de mí los Genoveses. Pronto me llenaré de trasquilones, para serlo

por completo. ¿Cómo han recibido mis regalos los mercaderes de seda?

EL MORO. (Bromeándose.)—Señor loco, como pobres pecadores, que...

FIESCO.—¿Loco? ¿Has perdido tú el juicio, buen amigo?

EL MORO.—¡Perdón! Se me antojaban más equines.

FIESCO. (Le da uno sonriendo.)—¡Bien! como pobres pecadores, que...

EL MORO.—Tienen ya puesta en el tajo la cabeza, y reciben la gracia de su indulto. Son vuestros en cuerpo y alma.

FIESCO.—Me alegro. Ellos remueven principalmente al populacho de Génova.

EL MORO.—¿Qué escena aquella! Faltóme poco ¡así el diablo me lleve! para no tomar parte también en vuestros obsequios. Abrazábanme como maniacos, y las jóvenes parecían haberse enamorado del color de mi padre, según la afición que mostraban á mi negro rostro. Todo poderoso es Don Dinero, decía yo para mi capote, cuando hasta á los negros vuelve blancos.

FIESCO.—Tu pensamiento era superior al lodazal en donde crece... Las palabras tuyas son buenas, sin duda. ¿Lo serán también los hechos que anuncian?

EL MORO.—Como el rayo destructor de tempestad, al parecer ligera. Las cabezas se juntan, se forman grupos, y cuando pasa algún desconocido, dicen todos: ¡silencio! Sorda fermentación bulle en todo Génova... esta malevolencia es para la República lo que el aire pesado antes de la borrasca... que sopla el viento, y habrá relámpagos y granizo.

FIESCO.—¡Calla! ¡Escucha! ¿Qué murmullo confuso es ése que suena?

EL MORO. (Después de mirar por la ventana y de volver corriendo.)—Los gritos de muchos hombres, que vienen del Consejo.

FIESCO.—Hoy es la elección de Procurador. ¡Que preparen mi carruaje! Imposible que la sesión haya terminado. Saldré. Imposible que haya terminado. ¡Mi espada y mi capa! ¿En dónde está mi condecoración?

EL MORO.—Señor, la he robado y empuñado.

FIESCO.—Me place.

EL MORO.—¡Hola! ¿Volará también mi propina?

FIESCO.—¿Por no haber tomado también la capa?

EL MORO.—Por haber deseubierto al ladrón.

FIESCO.—Acércase el ruido. ¡Oye! No son aplausos de aprobación. (Con viveza.)—¡Pronto! Abre las puertas del patio. No sé lo que me figuro. Doria es temerario. El Gobierno tiembla en la punta de una aguja. Apuesto á que en la Señoría no ha sido todo miel sobre hojuelas.

EL MORO. (Gritando en la ventana.)—¿Qué es esto? Por la calle Balbi abajo... miles de personas... las alabardas brillan... las espadas... ¡Hola!... senadores... corren hacia aquí...

FIESCO.—Es una sedición. ¡Vuela allá!... ¡Nómbreme!... ¡Traelos hacia aquí! (El Moro baja en seguida.) El viento de la casualidad barre en un instante el montón reunido por la pobre hormiga.

ESCENA V.

FIESCO, CENTURIONE, CIBO, ASSERATO, entrando de tropel en el aposento.

CIBO.—¡Perdonadnos, Conde! la ira nos arrastra de tal modo, que entramos aquí sin anunciarnos.

CENTURIONE.—Ofensa, mortal ofensa me ha inferido el sobrino del Duque delante de toda la Señoría.

ASSERATO.—Doria ha manchado el libro dorado, en cada

una de cuyas páginas está inscrito el nombre de un noble genovés.

CENTURIONE.—He aquí el motivo de nuestra venida. Toda la nobleza ha sido insultada en mi persona. Toda la nobleza se asociará, por tanto, á mi venganza. Para defender sólo mi honor no necesitaría yo de auxilio ajeno.

CIBO.—Todos los nobles comparten su cólera; todos despiden de sus ojos fuego y llamas.

ASSERATO.—Los derechos de la Nación han sido hollados. La libertad de la República ha recibido un golpe mortal.

FIESCO.—Excitáis mi curiosidad en alto grado.

CIBO.—Él era el número veintinueve de los electores, y había sacado una bola de oro para el nombramiento de Procurador. Veintiocho votos se habían ya recogido, catorce en mi favor y otros tantos para Lomelino. Faltaban el suyo y el de Doria.

CENTURIONE. (Interrumpiéndole.)—Faltaban esos todavía. Yo voto por Cibo, Doria... ¡qué insulto á mi honor!... Doria...

ASSERATO. (Interrumpiéndolo á su vez.)—No se ha visto otro caso igual, desde que el Océano besa las murallas de Génova...

CENTURIONE. (Muy agitado.)—Doria saca una espada que llevaba oculta bajo la púrpura, la clava en mi voto y exclama ante todos:

CIBO.—«Senadores, no tiene valor alguno. Está agujereado. Lomelino es Procurador.»

CENTURIONE.—«¡Lomelino es Procurador!» y arrojó su espada sobre la mesa.

ASSERATO.—Y gritó: «No es válido,» y arrojó su espada sobre la mesa.

FIESCO. (Después de un momento de silencio.)—¿Y qué pensáis hacer?

CENTURIONE.—La República está herida en el corazón. ¿Qué intentamos?

FIESCO.—Los juncos, oh Centurione, se doblegan por el viento. Las encinas desafían las tempestades. ¿Qué habéis resuelto? pregunto.

CIBO.—Creo que ha de inquirirse primero cuál es la opinión de los Genoveses.

FIESCO.—¡Los Genoveses, los Genoveses! ¡dejadlos á un lado! ¡palanca podrida, que se rompe al empuñarla! ¿Contáis con los patricios? ¿Porque ponen triste el rostro y se encogen de hombros, cuando se trata de los negocios públicos? ¡No hablemos de esto! Su ardor heroico se adhiere á los bultos de las mercaderías del Oriente, y sus almas no abandonan en su angustia la flota de las Indias.

CENTURIONE.—Aprended á apreciar mejor á nuestros patricios... Apenas ejecutó Doria su acción insolente, unos ciento corrieron á la plaza con sus vestiduras desgarradas. La Señoría se disolvió.

FIESCO. (En tono burlesco.)—¿Como se dispersan las palomas, cuando el buitre se arroja sobre ellas?

CENTURIONE. (Con impetuosidad.)—¡No! Como barriles de pólvora, cuando una chispa los enciende.

CIBO.—El Pueblo está furioso. ¿De qué no es capaz un jabali herido?

FIESCO. (Sonriendo.)—El coloso ciego ó impotente, que al principio hace ruido con sus pesados huesos, amenaza devorar con sus vastos fauces, á lo alto y lo bajo, lo próximo y remoto, al fin... tropieza en una hebrilla de hilo. Pero en vano, ¡oh genoveses! Vuestra supremacía marítima pasó ya. Génova ha sucumbido bajo su propio peso. Génova se encuentra como la invencible Roma, cuando fué lanzada como un volante por la raqueta de Octavio, tierno adolescente. ¿Génova ser libre? Un Monarca puede sólo reanimarla. Génova necesita un Soberano y, por tanto, habéis de rendir homenaje á Gianettino.

CENTURIONE. (Dejándose arrastrar de su pasión.)— Cuando

los elementos alborotados se reconcilien, y el polo Norte salte hacia el polo Sur... ¡Venid, compañeros!

FIESCO.—¡Deteneos, deteneos! ¿En qué pensáis, Cibo?

CIBO.—En nada, ó en una broma, que se llamará un terremoto.

FIESCO. (Llevándolos hacia una estatua.)—¡Mirad esta figura!

CENTURIONE.—Es la Venus de Florencia. Pero ¿con qué fin nos traes aquí?

FIESCO.—Pero ¿os agrada?

CIBO.—Así es de creer, ó, en otro caso, seríamos malos Italianos. ¿A qué tal pregunta?

FIESCO.—Ahora bien; recorred el mundo entero, y buscad entre todos los modelos más perfectos de belleza mujeril el más bello, el que encierre todos los encantos de esta Venus soñada.

CIBO.—¿Y cuál será el premio de nuestro trabajo?

FIESCO.—Entonces convenceréis á la imaginación de charlatanería.

CENTURIONE. (Impaciente.)—¿Y qué ganaremos?

FIESCO.—Habréis aprendido á conocer el juego inveterado de la naturaleza con los artistas.

CENTURIONE. (Colérico.)—¿Y después?

FIESCO.—¿Después, después? (Se rie.) Después... os habréis olvidado ya de que la libertad ha sucumbido en Génova. (Centurione, Cibo y Asserato se van.)

ESCENA VI.

FIESCO. (Aumentase el tumulto junto al palacio.)— ¡Bien, bien! La paja de la República arde. Las llamas llegan á casas y torres. ¡Arriba, arriba! El incendio será general, y el viento, con infernal alegría, aviva la obra de destrucción.

ESCENA VII.

FIESCO.—EL MORO, que entra corriendo.

EL MORO.—¡Grupos y más grupos!

FIESCO.—Abre las puertas de par en par. Deja entrar á cuantos vengan por su pie.

EL MORO.—¡Republicanos, republicanos! Arrastran su libertad bajo el yugo; gimen como bueyes de carreta, bajo el peso de su grandeza aristocrática.

FIESCO.—Locos son si creen que Fiesco de Lavaña ha de proseguir lo que Fiesco de Lavaña no ha comenzado. La sedición viene á pedir de boca. Pero la conjuración será mi obra. Suben ya las escaleras.

EL MORO. (Fuera.)—¡Hola, hola! Entrarán en la casa comedidamente, rompiendo las puertas. (Entra el pueblo derribando las puertas.)

ESCENA VIII.

FIESCO.—Doce JORNALEROS.

Todos.—¡Venganza contra Doria! ¡Venganza contra Giannettino!

FIESCO.—¡Poco á poco, compatriotas! La visita, que me hacéis, prueba la bondad de vuestros corazones; pero mis oídos son delicados.

Todos. (Gritando.)—¡Mueran los Dorias! ¡Muera el tío y el sobrino!

FIESCO. (Que los cuenta sonriendo.)—Doce hombres componen lucido ejército...

ALGUNOS.—¡Fuera esos Dorias! ¡Debe variarse la forma de gobierno!

PRIMER JORNALERO.—¡Tirar por las escaleras á nuestros jueces de paz!... ¡A las escaleras los jueces de paz!

SEGUNDO JORNALERO.—Sabe, pues, Lavaña, que echaron por las escaleras abajo á los jueces de paz, porque se oponían á la elección.

Todos.—¡Eso es insufrible! ¡Eso es insufrible!

TERCER JORNALERO.—¡Sacar la espada en el Consejo!...

PRIMER JORNALERO.—¡Una espada! ¡El simbolo de la guerra en el recinto de la paz!

SEGUNDO JORNALERO.—¡Venir al Senado vestido de púrpura, no de negro, como los demás consejeros!

PRIMER JORNALERO.—¡Recorrer la ciudad en carruaje de ocho caballos!

Todos.—¡Un tirano! ¡Traidor á la Patria y al Gobierno!

SEGUNDO JORNALERO.—¡Comprar al Emperador doscientos Alemanes para su guardia!

PRIMER JORNALERO.—¡Extranjeros contra los hijos de la Nación! ¡Alemanes contra Italianos! ¡Soldados habiendo leyes!

Todos.—¡Alta traición! ¡Rebelión! ¡La ruina de Génova!

PRIMER JORNALERO.—¡Llevar en su coche las armas de la República!...

SEGUNDO JORNALERO.—La estatua de Andrés en medio del patio de la Señoría...

Todos.—¡Hagamos pedazos á Andrés! ¡Mil pedazos al de piedra y al vivo!

FIESCO.—¡Para qué me decís todo esto, Genoveses!

PRIMER JORNALERO.—Porque no debéis consentirlo. Porque debéis enfrenarlo.

SEGUNDO JORNALERO.—Sois hombre avisado, y no os cum-

ple tolerarlo, sino emplear vuestro talento en nuestro servicio.

PRIMER JORNALERO.—Y sois mejor noble, y estáis obligado á hacérsele tragar, y á no consentirlo.

FIESCO.—Me lisonjea la confianza que os inspiro. ¿Puedo merecerla por mis acciones?

TODOS. (Tumultuosamente.)—¡Hiere! ¡Derriba! ¡Libranos!

FIESCO.—¿Queréis escuchar, sin embargo, algunas palabras?

ALGUNOS.—¡Habla, Lavaña!

FIESCO. (Sentándose.)—En el Imperio de los animales, oh Genoveses, hubo ha tiempo una revolución popular, y los partidos combatieron entre sí, y un perro de presa se apoderó del Trono. Éste, acostumbrado á atormentar al ganado que se destinaba á la carnicería, trataba á sus súbditos á lo perro de presa, ladrando, mordiendo y royendo los huesos del Pueblo. La Nación murmuraba; los más osados se juntaron, y ahogaron á su canino Monarca. Celebróse entonces una junta solemne, para resolver la importante cuestión de la forma de mejor gobierno, que habría de adoptarse. Tres opiniones se sostuvieron. ¿Cuál es la vuestra, Genoveses?

PRIMER CIUDADANO.—¡Por el Pueblo! ¡Todos por el Pueblo!

FIESCO.—El Pueblo ganó al cabo. El gobierno fué democrático. Todo ciudadano tuvo voto. La mayoría decretaba. Pocas semanas transeurrieron, cuando el hombre declaró la guerra á la nueva República. La asamblea fué congregada. El caballo, el león, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se presentaron, y llamaron á todos á las armas. Cuando tocó la vez de hablar á los demás, el cordero, la liebre, el corzo, el asno, todos los insectos, las aves y los peces, temerosos del hombre, abogaron juntos por la paz. Observad, Genoveses, que los cobardes eran más numerosos que los valientes, los torpes que los discretos...

Los más vencían. El reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo devastó después sometiéndolo. Su sistema de gobierno fué, pues, abolido. ¿Cuál preferíais vosotros ahora?

PRIMERO Y SEGUNDO CIUDADANO.—¡El de las juntas! ¡Sin duda el de las juntas!

FIESCO.—Prevaleció esta opinión. La resolución de los asuntos políticos se hacía por diversas juntas. Los lobos cuidaban de la hacienda, y las zorras eran secretarios. Las palomas administraban justicia en lo criminal; los tigres desempeñaban los juzgados de paz; los machos cabríos los asuntos matrimoniales. Las liebres eran soldados; los lobos y los elefantes guardaban los bagajes; el asno era embajador, y el topo inspector general de la administración pública. ¿Qué os parece, Genoveses, de esta sabia distribución de los cargos del Estado? A quien no desgarraba el lobo, enredaba la zorra. El que escapaba de ésta, se encontraba con las coces del asno. El tigre degollaba á los inocentes; la paloma absolvía á los ladrones y asesinos, y al fin, cuando los empleados públicos dejaban sus destinos, el topo los declaraba libres de culpa... Los animales se sublevaron. ¡Elijamos un Monarca, gritaron unánimes, con talento y buenas garras, y un sólo estómago!... y todos rindieron pleito homenaje á un Soberano... á uno sólo, Genoveses... pero (Presentándose con dignidad ante ellos.) ese uno era el león.

TODOS. (Aplaudiendo y tirando al aire sus gorras.)—¡Bravo, bravo! Obraron cuerdamente.

PRIMER CIUDADANO.—Y Génova debe imitarlos, y Génova tiene también su Soberano.

FIESCO.—No quiero saber quién es. Idos á vuestras casas. Pensad en el león. (Vanse con grande algazara.) Todo va á pedir de boca. El Pueblo y el Senado contra Doria; el Pueblo y el Senado por Fiesco... ¡Hassán. Hassán!... Debo ho-

gar con este viento favorable... ¡Hassán, Hassán!... ¡Me importa aumentar ese odio! ¡Acrecer ese favor!... ¡Vamos, Hassán, hijo espurio del Infierno! ¡Hassán, Hassán!

ESCENA IX.

FIESCO y EL MORO, que llega.

EL MORO. (Turbado.)—¡Todavía arde la suela de mis zapatos! ¿Qué hago?

FIESCO.—Lo que yo mande.

EL MORO. (Con humildad.)—¿A dónde corro primero? ¿A dónde después?

FIESCO.—Por ahora puedes excusar las carreras. Serás arrastrado. ¡Prepárate! Voy á publicar que has querido asesinarme, y á entregarte atado á la tortura.

EL MORO. (Retrocediendo algunos pasos.)—¡Señor, eso es opuesto á nuestro trato!

FIESCO.—No tengas miedo. No es más que una farsa. Lo importante en este momento, es que se haga público y odioso el atentado de Gianettino contra mi vida. Te preguntarán primero.

EL MORO.—¿Confieso ó niego?

FIESCO.—¡Niégalo! Después te pondrán á la tortura. Resiste la primera prueba. Súfrela á cuenta de tu tentativa de matarme. A la segunda, confiesa.

EL MORO. (Moviendo pensativo la cabeza.)—Un bribón es el demonio. Los señores jueces podrían reservarme para la hora de su comida, y ser yo atormentado por puro recreo.

FIESCO.—Te verás libre por completo. Por mi palabra de bonor de conde. Me contentaré con que te condenen, y te perdonaré á la faz de toda la República.

EL MORO.—¡Está bien! Me dislocarán los miembros. Esto me hará más flexible.

FIESCO.—Así, aráñame pronto el brazo con tu puñal, hasta que salga sangre... Yo fingiré que te cojo ahora mismo en flagrante delito. ¡Bueno! (Gritando horriblemente.) ¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Cerrad las salidas! ¡Echad el cerrojo á las puertas! (Coge al Moro por el cuello; acuden corriendo los criados.)

ESCENA X.

LEONOR y ROSA vienen asustadas.

LEONOR.—¡Al asesino gritan; al asesino! De aquí venía el ruido.

ROSA.—De seguro algún escándalo, de los que se promueven diariamente en Génova.

LEONOR.—Gritaban al asesino, y la gente murmuraba con claridad Fiesco. ¡Mentira miserable! Quieren engañar á mis ojos, sin mirar que mi corazón presiente la verdad. ¡Pronto; corre; averigua lo que es, y dime adónde lo arrastran!

ROSA.—¡Cobrad ánimo! ¡Arabela ha ido allá!

LEONOR.—Arabela contemplará su mirada agonizante. ¡Feliz Arabela! ¡Miserable yo, la causa de su muerte! Si Fiesco hubiera podido amarme, jamás se precipitara en el tumulto del mundo, ni se expusiera al puñal de la envidia... ¡Arabela viene! ¡Vamos! ¡No digas nada, Arabela!

ESCENA XI.

LOS MISMOS Y ARABELA.

ARABELA.—El Conde vive, y está bueno y sano. Lo he visto galopar por la calle. Nunca me ha parecido tan bello. Su caballo se enorgullecía con él, y con sus airosos brazos apartaba á la muchedumbre de su aristocrático jinete. Me vió al pasar, me sonrió con gracia, señaló hacia aquí y envió tres besos. (Con malicia.) ¿Qué hago con ellos, señora?

LEONOR. (Con alegría.)—¡Sempiterna habladora! Devuélveselos.

ROSA.—¿Veis, pues? Encarnada os ponéis como la escarlata.

LEONOR.—Entrega su corazón á mujeres pervertidas, y yo corro en pos de una mirada suya... ¡Oh mujeres, mujeres! (Vanse.)

ESCENA XII.

El palacio de Andrés.

GIANETTINO y LOMELINO entran precipitadamente.

GIANETTINO.—Que griten cuanto les plazca en favor de tu libertad, como la leona por su hijuelo. Yo no varío de conducta.

LOMELINO.—¡Sin embargo, señor!...

GIANETTINO.—¡Véte al diablo con tu sin embargo, Procun-

rador de tres horas! No cedo ni el espesor de un cabello. Que las torres de Génova sacudan su cabeza, que la mar bramadora muja que nó. Yo no temo á las turbas.

LOMELINO.—El pueblo es sin duda la leña, pero la nobleza es el viento que atiza el fuego, una vez encendido. Toda la República está en conmoción, el pueblo y los patriocios.

GIANETTINO.—Y yo, como Nerón, desde lo alto contemplo ese incendio burlesco...

LOMELINO.—Hasta que toda esa masa en fermentación encuentre un jefe de partido bastante ambicioso para recoger la cosecha.

GIANETTINO.—¡Farsa, farsa! Sólo conozco uno peligroso, y de cuya guarda me he encargado.

LOMELINO.—¡Su Alteza Serenísima! (Andrés se presenta: ambos hacen una reverencia.)

ANDRÉS.—¡Señor Lomelino! Mi sobrina va á salir.

LOMELINO.—Yo tendré el honor de acompañarla. (Vase.)

ESCENA XIII.

ANDRÉS.—GIANETTINO.

ANDRÉS.—¡Oye, sobrino! Estoy disgustado contigo.

GIANETTINO.—Dignaos escucharme, Serenísimo tío.

ANDRÉS.—Aunque fueras el más harapiento mendigo de Génova, si lo merecías. Nunca á un bribón, aunque se llamara mi sobrino. Soy bastante generoso, si en mí sólo ves á tu tío, que, en su lugar, al Duque y á la Señoría debieras sólo hallar.

GIANETTINO.—No más que una palabra, señor...

ANDRÉS.—Oye lo que has hecho, y defiéndete... Has desri-

hado un edificio, construido cuidadosamente por mí durante medio siglo... El mausoleo de tu tío... su única pirámide... el amor de los Genoveses. Andrés te perdona esa ligereza.

GIANETTINO.—Mi Duque y tío...

ANDRÉS.—No me interrumpas. Has deslustrado la obra política más bella, que con el favor del cielo he ofrecido á los Genoveses, costándome tantas vigilijs, tantos peligros y tanta sangre. A la faz de todo Génova has manchado mi honor de Principe, no mostrando consideración alguna á mi trabajo. ¿Quién lo respetará, si mi propia sangre lo desprecia?... Tu tío te perdona esta sandez.

GIANETTINO. (Ofendido.)—Señor, me habéis educado para ser Duque de Génova.

ANDRÉS.—¡Calla!... Eres reo de alta traición para con tu patria, y la has herido en el corazón. ¡Observa, joven, lo que te digo! ¡Apellídase la docilidad!... Porque el pastor descansa de su faena por la noche, ¿crees tú que se desentiende de su rebaño? Porque Andrés tenga canas, ¿has de hollar tú las leyes como un criminal?

GIANETTINO. (Colérico.)—Poco á poco, Duque! También en mis venas circula la sangre de Andrés, terror de Francia.

ANDRÉS.—¡Cállate! ¡Yo lo mando!... Estoy acostumbrado á que la mar enmudezca, cuando yo hablo... En su mismo templo has escarnecido la majestad de la justicia. ¿Sabes tú, oh rebelde, cómo se castiga este delito?... Responde ahora. (Gianettino, mudo, fija en tierra sus ojos.)—¡Misero Andrés! En tu propio seno has criado el gusano roedor de tus servicios... Levanté para los Genoveses una casa para desafiar los siglos, y arrojé yo mismo en ella la tea incendiaria... Da las gracias, insensato, á esta cabeza blanca, que anhela ser llevada á la tumba por las manos de sus parientes... Da las gracias á mi cariño, impío, de que no

entregé á la ciudad rebelada la cabeza del principal instigador de la sedición, y desde lo alto del cadalso. (Vase precipitadamente.)

ESCENA XIV.

LOMELINO, asustado y sin aliento.—GIANETTINO sigue al DUQUE con la vista, ruborizado, y en silencio.

LOMELINO.—¿Qué he visto? ¿Qué he oído? ¡Ahora, ahora mismo! ¡Huid, Principe! ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. (Con enojo.)—¿Qué se había de perder?

LOMELINO.—¡Génova, Principe! Vengo de la plaza. Agolpábase el pueblo alrededor de un Moro, que llevaban maniatado. El Conde de Lavaña y trescientos nobles le seguían, dirigiéndose todos al Consejo, en donde se atormenta á los criminales. El Moro había sido preso en el momento, en que se disponía á asesinar á Fiesco.

GIANETTINO. (Dando con el pie en tierra.)—¿Cómo? ¿Se han soltado hoy todos los diablos?

LOMELINO.—Se le interrogó con insistencia quién le había pagado. Nada dijo el Moro. Púsosele á la primera prueba de la tortura, y nada confesó. A la segunda, dijo... dijo... ¿en qué pensábais, señor, confiando vuestro honor á un bribón?

GIANETTINO. (Con feroz desprecio.)—¡No me lo preguntes!

LOMELINO.—Oid más todavía. Apenas se oyó el nombre de Doria... ¡más quisiera que en esta ocasión fuese el mío el escrito en la cartera del diablo, no el vuestro!... se presentó Fiesco al pueblo. Ya conocéis á ese hombre, que manda cuando suplica y seduce los corazones de la muchedumbre. Todos los circunstantes lo contemplaban sin